

MITOS Y TÓPICOS EN TORNO AL PELIGRO DE LEER

ÁLVARO ACEBES ARIAS

"De lo que no se puede hablar hay que callar."

Ludwig Wittgenstein, *Tractatus lógico-philosophicus*

En la novela *1984*, del escritor británico George Orwell, la joven rebelde Julia resume su actitud en las manifestaciones del Partido Único con las siguientes palabras: "*Mi lema es «grita siempre con los demás». Es el único modo de estar seguros»*". No hay aparente malicia en su comentario, pero, si lo leemos con cuidado, se erige como una perfecta afirmación del gregarismo al que nos puede conducir el lenguaje, es decir, a la conveniente seguridad de creer que no estamos solos cuando nos expresamos. Para ciertos asuntos la originalidad es sospechosa y la conformidad con la mayoría es una garantía de racionalidad; pero cuando se trata de nuestras convicciones, uno debe preocuparse de la excesiva compañía pues en la afirmación no tan inocente de Julia se esconde toda una renuncia al pensamiento, entendido este en su forma más elemental como la capacidad de interrumpir. Pensar equivale a ausentarse de unos cómodos entornos y quedarse solo. Es sobre todo hablar por uno mismo evitando ser portavoz de ideas ajenas e implica una cierta contrariedad frente a la multitud. Decía el sociólogo francés Emile Durkheim que "el pensamiento es un esfuerzo contra el sentido común, contra las evidencias que se imponen y sobre las que no nos interrogamos". Pensar es darle vueltas a lo evidente aunque también es darle la vuelta a lo evidente. El resto son repeticiones.

En una sociedad cualquiera, sea la de *1984* o la nuestra, cultura, partidos y medios de comunicación transmiten lo que le gusta a la masa; no lo más cierto o lo más precioso, sino eso que es capaz de aprobar hasta el más torpe de la muchedumbre. Y como lo que más agrada a la masa es precisamente encontrarse a la masa misma, y lo que más aborrece el individuo es en verdad al individuo distinto, acudir al pensamiento común, al tópico, al prejuicio, nos conduce a un modo seguro de congraciarnos con la mayoría, o lo que es lo mismo, con lo que está mandado. Para eso están los tópicos, para hacer *un simple comentario*. No habremos aclarado nada, pero lo aceptarán todos. Comentar lo que se comenta, sin mayor cautela, nos protege frente a muchos desconciertos y nos entrega a la rutina superficial de todos los días. Quien se atreva a sacudir los agarraderos más recorridos de la gente, ponernos frente al espejo de nuestra ignorancia, será tachado

al instante de pedante y presuntuoso. Todo un dilema moral. ¿Trataré de hablar yo mismo o dejaré que sean los otros anónimos quienes hablen por mí? ¿Seguiré sometién dome a la suave presión del entorno o me atreveré a desafiarla?

Luchamos con nuestros fantasmas cuando creemos estar peleando contra una sociedad que nos asfixia. A poco que reflexionemos, caeremos en la cuenta de que generalmente nos piensan otros, de que el pensamiento lo tenemos subcontratado. Nos cuesta desprendernos de los lugares comunes, de esas muletillas que facilitan nuestro intercambio comunicativo aun al precio de degradarlo. Hay una grata comodidad que consiste en dar las cosas por supuestas, en quedarnos ante la puerta antes de traspasarla. Quien asiste a un funeral y deja escapar un *no somos nada* o el que ante una fotografía de sus años infantiles señala que *la vida es un sueño*, se incluye dentro de un grupo que comparte su misma visión a la vez que elude meditaciones más profundas acerca de nuestra condición de seres mortales o del paso del tiempo.

Los tópicos vienen a indicar las creencias dominantes en nuestra sociedad, los grandes y más o menos inconscientes prejuicios colectivos. Cuando decimos, por ejemplo, que *una imagen vale más que mil palabras*, estamos renunciando al esfuerzo de discernir y argumentar, tareas que exige todo discurso razonable, porque la ley general del espectáculo, que hoy impera, nos quiere pasivos y *normales*. ¿Y no consideraba Adorno la normalidad como la enfermedad moral de nuestra época? ¿No podrá ser que todos esos fetiches verbales, bajo su fachada familiar, transporten más ignorancia, vacío y bienintencionada satisfacción que nos instala en un discurso desencantado y hueco? Algunos, los más reacios a la reflexión, protestarán. *Pero si son solo palabras...* A lo que cabría replicar, como dijera Kafka, “que eso es precisamente lo peligroso”, que los tópicos vienen a ser como formas congeladas del pensamiento que nos ahorran pensar y es necesario descongelarlos para que el pensamiento propio vuelva a fluir. De nuevo es el escritor praguense quien arremete contra “el estiércol de las palabras e ideas gastadas, más fuertes que un grueso blindaje. Los hombres se esconden tras ellas del paso del tiempo. Por eso la verborrea es el baluarte más fuerte del alma. Es el conservante más duradero de todas las pasiones y estupideces”.

El capitalismo ha borrado todas las diferencias y ha difuminado los límites de nuestra imaginación, de nuestra razón, de nuestra responsabilidad, de nuestras acciones, de forma que ahora nos hemos quedado solos y sin una mirada con la que medirnos, sin posibilidad de asirnos a nada pues todo nos lo comemos: mesas, helados, cadáveres o lavadoras, lo mismo da. La televisión ha sustituido al fuego y la ventana, las dos señas

que convertían a un edificio en un hogar. Y a través de esa falsa ventana, donde todo se embrutece, se exagera y se falsea, hemos perdido el mundo. Por eso dice Santiago Alba Rico que “el capitalismo es *materialmente* un nihilismo”. El lenguaje se halla en la misma encrucijada, atrapado en un código satisfecho de sí mismo y acomodado a un discurso vacío en el que se repiten las mismas fórmulas, en donde los significantes cada vez tienen menos significados. Hemos sacrificado la razón pagando el precio de la verdad cómoda. Y cuando renunciamos a pensar, a comprender la realidad y razonarla por medio de la palabra no solo incurrimos en una flagrante estafa intelectual sino también en un colapso moral, que no es más que una traición a nosotros mismos. Es en esa inofensiva apariencia, en el suave confort que proporciona y en el engañoso atractivo que proyecta donde se oculta la oscura fascinación de esta vacua verborrea tan peligrosa para una ciudadanía poco educada. Por eso la solución parece ser volver a pensar, como dice Carlos Fernández Liria, y combatir la indigencia intelectual a que nos arrastran los lugares comunes que, a la postre, no son sino lugares en absoluto comunes y sí emplazamientos privilegiados y acomodaticios.

La vida, de nuevo Kafka, es un enigma del que hemos olvidado la llave. Los libros, al contrario, son claves o llaves cuyo enigma aún no hemos localizado. Las grandes novelas, los grandes relatos, dan respuesta a preguntas que todavía no hemos hecho, que todavía no hemos encontrado. La vida es un cuaderno de ejercicios; los vamos haciendo sin saber jamás si hemos dado o no con la solución acertada. Frente a ella, los buenos libros proporcionan siempre soluciones justas –preciosísimas– a problemas que luego hay que reconocer y plantear. La literatura significa ponerse en la piel de otro, es libertad para inventar una vida. En ocasiones en un libro podemos encontrar un modelo de conducta, una forma de recuperar una experiencia perdida o de aprender de una vivida por otros. No en vano Walter Benjamin pensaba en la novela como espacio donde se plantea un problema moral, un ejercicio de pedagogía. No podemos hallar verdades absolutas en la literatura porque no es una ciencia exacta. Así, lo que nos interesa de todo buen libro son las preguntas que formula, los misterios que nos salen al paso y que nosotros como lectores debemos intentar resolver.

La novela, desde Cervantes a Joyce, es una investigación que yace detrás de la realidad. La filosofía, la religión, la ciencia intentan atarnos a la vida y fijar un equilibrio estable. Cada una con unas ideas concretas nos impone unas normas, la religión con su Dios único, la ciencia con sus leyes inmutables, la filosofía con sus axiomas... La novela, por

el contrario, nace animada por un espíritu muy distinto. El novelista investiga lo mismo que el científico, pero lo hace desde el otro lado del espejo. La novela no da por permanente, estable ni duradero ningún valor. Todo es verdad en su propio tiempo, lugar y circunstancia, y todo es falso fuera de su propio lugar, tiempo y circunstancia. Si uno intenta poner clavos a una novela, o la asesina o esta se libera y escapa todavía con el clavo. Es ahí donde se sitúa la radical independencia de la novela, su poder, como decía Zola, para levantarse contra cualquier convención y acudir a la zona de sombra en que toda actividad se suspende. El lector es el encargado de penetrar en ese misterio y descifrar los límites sobre los que se asienta la narrativa.

La lectura no tiene fin porque se compone de muchos comienzos y solo podemos comenzar algunos de ellos antes de que nuestra vida termine. La maravillosa satisfacción que acompaña a la conclusión de un libro va acompañada de la no menos intensa insatisfacción de saber que una clave sin enigma es un nuevo enigma cuya solución habrá que buscar en otro libro. De ahí que leer se convierta en una sucesión impredecible y azarosa, en suma, imposible. Una narración no es otra cosa que la manera de contar una historia para que adquiera sentido y solo al ser narrada consecutivamente, con un orden de causas y efectos, la vida se vuelve comprensible. Por eso decía Benjamin que leemos “para vivir la experiencia de la muerte” puesto que cualquier libro es un reloj paradójico que acelera el tiempo y lo introduce allí donde no lo percibíamos. El vector tiempo es el hilo que desata el nudo. La vida, para que tenga sentido, hay que leerla desde el final, pues es la muerte la que pasa la vida a limpio. Y ese es el argumento que nos impulsa a seguir leyendo, a seguir viviendo. ¿Cómo será mi vida cuando acabe? Ya lo advertía Miguel de Unamuno: “todo aquel lector que leyendo una novela se preocupa de saber cómo acabaran los personajes, sin preocuparse de saber cómo acabará él, no merece satisfacer su curiosidad”.

Precisamente, en los últimos tiempos, se viene repitiendo que cada vez se lee menos. Mientras aumenta el número de títulos y las cifras de ventas, disminuye el de lectores efectivos. ¿Cuestión de obviar ese reloj invertido, de que no tenemos tiempo para la lectura o que hemos renunciado al que nos ofrecía esta? Podría ser, pero me parece que el asunto parte, en general, de un cambio de paradigma. El director de cine ruso Nikita Mijalkov cuenta que unas horas después de la caída del Muro de Berlín, los alemanes del Este compraban sus primeros vídeos pornográficos y una semana más tarde se abrían en el Este las primeras *sex shop* y los primeros McDonalds. Algún liberal consecuente respondía: “Bueno, es lo que la humanidad quiere”. Y tenía razón, aunque

a mí me parece que tener razón de ese modo es un modo de equivocarse. La Historia ha desaparecido en el sucesivo y continuo consumo de imágenes, y la mirada se ha convertido en una extensión del sistema digestivo. Hoy el ruido domina el mercado como un indispensable objeto de consumo. ¿Queda sitio para la lectura en ese caos de estímulos externos que gobierna nuestro hiperactivo siglo?

No me sorprende, pues, la decisión de Philip Roth o de V. S. Naipul de no volver a escribir novelas. Lukács definía el arte como un modo de representación de la autoconciencia de la humanidad. Y en estos momentos, pocos creen que la literatura sirva de gran cosa, salvo para no aburrirse demasiado en el autobús o en el metro, y para que, adaptadas al cine o a la televisión, las ficciones literarias se conviertan en un producto de entretenimiento más. Leer no es soportar sino estar dispuesto a recibir a un invitado en casa cuando cae la noche. Es aprender con los demás a escuchar mejor. Y esto se ha vuelto difícil, sino imposible, en una cultura donde no se reserva ningún reducto para el silencio o la paciencia.

El arte más grande de todos, escribió Montaigne, consiste en ser uno mismo. Una idea que en esta época, marcada por el estruendo permanente de las pantallas, parece difícil de asumir. El escritor francés apuntó esta reflexión y muchas otras más en los *Ensayos* que escribió en su castillo del Perigord, dedicando muchas horas a pensar en una habitación silenciosa, alimentando ese *pensée vagabonde* que dio lugar a una de las grandes obras de Occidente. Hoy, para muchos resulta imposible leer sin escuchar música o mirar la televisión con el rabillo del ojo. La noche se ha tornado tan ruidosa como el día, y la habitación silenciosa de Montaigne un infierno y una tortura. Ponemos reparos a esa visita de la que hablaba antes, tenemos miedo del encuentro, como dijera Lévinas, miedo de la desnudez del otro.

En estas condiciones la lectura se ha convertido en una actividad minoritaria y aquel que se retira a un rincón apartado y escapa del bullicio general para leer su libro favorito, verá cómo su conducta es tachada de extravagante. Cuando el código hegemónico parece ocuparlo todo, cuando, desde lo que nos parece una libertad artística absoluta, nada hiere el discurso dominante, el acto de leer puede ser una pequeña forma de violencia. La búsqueda de uno mismo en el entorno, el instinto por saber, el deseo de satisfacer una curiosidad que nos permita descubrir y enjuiciar lo que a una parte de nuestra sociedad le interesa mantener oculto, se encuentran en ese gesto que por ser, como en el poema de Robert Frost, el menos transitado, puede marcar la diferencia.

Empecé hablando de los lugares comunes que entumescen nuestro pensamiento. La lectura tampoco ha escapado a los tópicos y un porcentaje altísimo de las apologías que se hacen del acto de leer se basan en clichés, estereotipos, prejuicios ilustrados, determinismos y extrapolaciones ridículas y falsas. El mercado del comercio ideológico ha caído en una afectación teórica que tiene mucho de fundamentalismo humanista y el debate sobre la lectura se ha investido de una obispa solemnidad en la que supuestos demiurgos atribuyen a esta tarea una misión tan irracional como superficial. Refugiándose en un fondo imaginario, lleno de fantasías, de presuntas realizaciones psicológicas, metafísicas y políticas, estos escritores a la violeta protagonizan un discurso en el que la lectura tiene poco que decir y lo que importa es elevar una creencia propia a categoría absoluta que se impone a los demás. Se ha reflexionado mucho acerca del humanismo, pero no se recuerda que dicho humanismo tiene, en ocasiones, cara de liberal, y en otras, la torva faz de un humanismo fascista, descrito por Peter Sloterdijk cuando dice que “el humanista deja primero que le den al hombre para después aplicarle sus métodos domesticadores, adiestradores, educadores, convencido como está de la necesaria relación entre leer, estar sentado y apaciguarse”.

El discurso actual de la lectura es incapaz de conmover a nadie que no sea lector. Desde George Steiner a Harold Bloom, pasando por Alberto Manguel y Vargas Llosa, todas las propuestas a la lectura caen en el misticismo y la abstracción, en un alegato que rara vez se aleja de los postulados de un idealismo humanista tan rancio como trasnochado, no exento de dogmatismo. Y el mayor problema que presenta este discurso tan confuso como lábil es que viene ligado al estatus intelectual de sus defensores, pero no a los hechos y razonamientos que deberían apoyarlo. No hace falta ser un popperiano en sentido estricto para admitir que toda teoría necesita de argumentos empíricos para ser tomada en serio, y en el discurso de la lectura, una vez descartado el apriorismo, los argumentos de autoridad y las referencias a otros textos sagrados, nos quedamos en un vacío textual que nada dice porque nada significa. Valga como ejemplo una frase de Vargas Llosa, pero que otros no se cansan de refrendar: “Leer hace a los seres humanos más sabios, más tolerantes y más libres”. La falta de pruebas impide verificar esta aseveración tan contundente y tan repetida entre el humanismo lector.

Decir que la lectura nos redime de nuestra concepción animal, desprende una concepción calamitosa y pesimista del ser humano. Gracias a una novela es posible vivir otras vidas, afirman muchos optimistas. Esta maravillosa falacia constituye la muestra de un idealismo tan apetecible como engañoso. El lector convulso, aquel que padece

como decía Onetti de *litteratosis* y cifra el equilibrio de su vida en los libros que lee y las conclusiones que extrae de ellos, está más cerca de la locura de Emma Bovary y Alonso Quijano que de la de un ser racional capaz de separar realidad y ficción. Encerrarse en una vida de papel no es sinónimo de mayor cultura e inteligencia, sino que refleja un comportamiento enfermizo y esquizoide, como demostró Canetti en *Auto de fe*. Así, son muchos, desde críticos como Ignacio Echevarría a autores de gran talla intelectual como Juan Goytisolo, quienes dicen que lo mejor de los libros es la capacidad que tienen para destrozarnos todas las certezas que uno posee. “Somos lo que leemos”, dice algún entusiasta. Se parte aquí de un planteamiento peligroso para la salud psicológica del individuo al señalar que el lector se encuentra a merced de sus lecturas, y que son ellas las que determinan su modo de ser, de pensar y de actuar.

A pesar de todo, se insiste mucho en presentar al libro como reserva espiritual e imperecedera del humanismo. Sin lectura no entenderíamos nada de lo que pasa a nuestro alrededor y sucede en nuestro interior. Tampoco seríamos libres y felices, ni capaces de entender el horror del mundo, ni podríamos pensar; ni siquiera seríamos reales porque según los dogmas que sostienen este discurso, la lectura nos vuelve más *realmente existentes*. Esta idealización de la lectura se halla en numerosos intelectuales que no dudan, como Carlos Fuentes, en señalar que “un buen libro enriquece el alma del lector, nos enseña a ver con más optimismo el mundo, y a amar más y mejor a las personas y a las cosas que nos acompañan en la vida”. ¿Cabe mayor ingenuidad? Se afirma que la lectura corrige algunas de las insuficiencias de la vida, pero no concretamos cuáles son; se certifica que la lectura supera los prejuicios personales, pero no se especifica contra cuáles actúa; se alega que cuando leemos nunca estamos solos, pero, paradójicamente, para ello debemos pasar horas en soledad absoluta; se apunta que solo somos libres cuando leemos, pero, ¿acaso no existen también prisioneros del libro? Incluso los hay, como Francisco Ayala, que indican que son los libros “quienes dan sentido a la vida”, olvidando que el único problema radica en que las vidas a las que dan sentido son las de otros; jamás a la del lector.

Gran parte de las defensas que se hacen de la lectura vienen asociadas a la idea del libro como instrumento garante de la libertad y la tolerancia humanas. Javier Marías era muy elocuente a este respecto cuando aseguraba que “si todos leyéramos no se cometerían asesinatos”. En 2004 un juez de Toledo condenó a dos jóvenes a leer *Rimas y leyendas* de Bécquer y a presentar un comentario de dicha lectura al cabo de una semana. La anécdota es ilustrativa de ese discurso que manejan algunos intelectuales, empecinados

en trazar una correspondencia entre leer y bondad ética. ¿Creía ese juez que los terroristas no leen? ¿Se le había olvidado lo que nos enseñó Auschwitz? “Leer nos humaniza”, insiste Antonio Gala. La fe depositada en la literatura como método infalible para dinamitar fanatismos evoca un imposible maridaje entre política y humanismo y demuestra cómo se nos ha olvidado aquel apotegma del italiano Ceronetti que nos advertía que “todo conocimiento sangra”. El tópico de que “el fascismo se cura leyendo” es una perfecta demostración de la ingenuidad con que algunos convierten a la lectura en una especie de farmacopea social. La raíz de un problema cultural rara vez tiene un origen cultural. Apostar la fuerza de la palabra frente a la fuerza de las bombas y el armamento o ante el paro, la bajada de los salarios y la disgregación social, no significa más que el fracaso de toda una hermosa actitud histórica, un fracaso que se repite desde los tiempos de Voltaire y al que, por otra parte, de nada le valió su extraordinaria cultura para convertirse en un furibundo antisemita. Uno no puede mejorar de manera directa la vida de nadie leyendo. Soy un tanto escéptico ante la tradicional esperanza social que da por sentado que el crecimiento de la imaginación individual ha de conllevar una mayor preocupación por los demás.

Quien lee es más culto. En su delicioso ensayo *Sobre la lectura*, Marcel Proust señala que cuando leemos una parte de nuestro espíritu atiende, más que al libro que leemos, a la luz que cae sobre él, a la mesa en que estamos sentados, al jardín o al paisaje que se ve. Nos regodeamos ante nuestra soledad, por cómo funciona nuestra imaginación y ante tan idílica escena no podemos por menos que felicitarnos por lo profundo e inteligente que estamos haciendo, es decir, por ser más *profundos* que quienes no leen. Esta postura guarda relación con la idea de la lectura como propia de una élite. Es corriente oír entre algunos intelectuales tan dogmáticos como Félix de Azúa que “solo quien lee piensa” (aun cuando, como dice Gardner, lo más común es leer sin pensar) o “que la lectura es una invitación a la nobleza”, afirmaciones que sibilamente constituyen un insulto a los no lectores. Habría que señalar la naturaleza conminatoria e imperativa de tales aseveraciones, que vienen a recalcar el poder de la lectura para distinguirnos de los demás. A menudo se tiende a identificar lectura con cultura, entendida esta en el sentido más noble y originario de la palabra, es decir, el compromiso con lo mejor. Para muchos la lectura se convierte en un hábito de regularidad normativa según el cual la única cultura existente es la individual, ajena a lo institucional y a lo público. Si la cultura individual se hace extensiva, pierde su carácter, es decir, deja de ser cultura al rebajarse. Este razonamiento entre autores y críticos como

Vargas Llosa o Rafael Conte no deja de ser paradójico. Por un lado, se lamentan del seguimiento exiguo que tiene la literatura, pero por el otro, si se observa un crecimiento de partidarios se dirá que la cultura comienza a rebajar sus exigencias, tanto que deja de ser cultura. Posturas tan gregaristas como estas son muy frecuentes entre aquellos que pretenden hacer de la literatura el vehículo de expresión de una élite, la suya, y se obstinan en separarla de todo aquello que amenaza con alterar origen tan immaculado. "Leer equivale a vivir más profundamente", dice el escritor Antonio Muñoz Molina, y otorga al lector mayor perspicacia y capacidad crítica ante la realidad que le rodea. Ya hemos visto que no, pero ¿acaso puede sostenerse que las únicas personas cultas son aquellas que han leído los libros que uno ha leído? Tengo mis dudas.

A la hora de leer, uno percibe dentro de sí mismo tres frentes antagónicos. Primero, el que proviene de las particularidades personales de cada uno; segundo, el que deriva de las características de los textos que se leen y ante los que se mantiene una prudente distancia intelectual; y tercero, el que sigue a la normativa social que trata de imponer un modo de lectura y una interpretación acorde con la crítica general. "Leer es juzgar", advertía Saramago. No hay ningún modo peor de leer que el tercero, el más dogmático de todos ellos y el que más carga contra el placer de la lectura, obligándonos a encontrar la exégesis que hace las delicias del crítico. En este sentido, llama la atención la paradoja en que recaen aquellos que garantizan la lectura como el terreno de la libertad, cuando en realidad están dirigiendo la mirada del lector. Pienso que el proceso de hacerse lector está indisolublemente ligado a la falta de elección. El lector no elige nunca. Nuestras primeras lecturas no nacen libres, sino bajo el concurso de unas condiciones objetivas –sociales, familiares y pedagógicas–totalmente inapelables. Valga un ejemplo como el de Fernando Savater cuando propone en su libro *La infancia recuperada* todo un modelo de aprendizaje para futuros lectores. Stevenson, Poe, Verne o Zane Grey son presentados no como grandes escritores, sino como patrones por los que se debe guiar cualquier joven iniciado a la lectura. Una pobre muestra de ese tópico tan rancio y dogmático en el que caen algunos autores: los libros de su infancia-adolescencia deben ser los libros de cabecera de los niños de hoy. Bajo la aparente felicidad de entregarse a una lectura gozosa y entusiasta se solapa un mal disimulado interés por adoctrinar y convertir al lector novel a un determinado credo. El problema, creo yo, se acentúa cuando la literatura infantil y juvenil son manipuladas dentro de un escenario privilegiado donde el adulto manifiesta los intereses que le mueven y las carencias que padece. Escribir en la solapa del libro que este trata "sobre la amistad, la

justicia, la tolerancia y el amor”, no es solo una ficha orientadora escrita por un adulto, sino también una lectura axiológica que pretende hacer al niño a su imagen y semejanza. Y eso, como poco, es peligroso. Isaac B. Singer escribe: “Los niños no leen para encontrar su identidad. No leen para librarse del complejo de culpa, para reprimir su sed de rebelión o para librarse de la alineación. No tratan de comprender a Kafka o a Joyce. Los niños todavía creen en Dios, en la familia, los ángeles, el diablo, las brujas, los duendes, la lógica, la claridad, la puntuación y otras cosas pasadas de moda. No esperan que su querido autor redima a la humanidad. Solo los adultos tienen esas ilusiones infantiles”.

Desde que Aristóteles recordó que sobre la felicidad no hay acuerdo, la filosofía no ha dejado de preguntarse cuál es la forma de lograrla. Fue Flaubert quien más hizo por asociar de forma indisoluble felicidad y estupidez, dictamen que algunos como Vargas Llosa han acogido como si fuera una verdad absoluta. Aquel que se declare feliz estará negando ser inteligente, porque, entre otras cosas, se trata de un ser carente de capacidad crítica e incapaz de reaccionar. Ser lúcido es incompatible con la felicidad y por eso recurrimos al analgésico de las mentiras que nos ofrece la ficción. Sin embargo, ¿no posee la lectura ese mismo carácter inhibitorio al relegarnos de los asuntos públicos y convirtiéndonos en miopes lectores convulsos que no ven más allá de la página que tiene delante? ¿Hay alguien más feliz, más estúpido, que un lector que afirma que al leer es más libre, que vive más intensamente y al que le parece que el tiempo se detiene cuando disfruta de su libro? He aquí la gran contradicción en que se repiten numerosos autores. Reivindicar al lector como figura perspicaz, capaz de extraer todo un manual de conducta de los libros, para después señalar que la felicidad de la lectura solo está al alcance de los tontos, que son los que buscan en el libro el consuelo a las incomodidades, frustraciones y desengaños de la vida, es una de las grandes falacias de este discurso tan aprovechado como falso. Habrá quien incluso apunte que es imposible la creación desde la felicidad, aunque a renglón seguido añada que no puede sentirse decepcionado ni insatisfecho si tiene libros cerca. ¿Solo se puede escribir desde la infelicidad? Me gusta más recordar aquella frase de Billy Wilder que decía que cuando estaba alegre hacía un drama, y cuando estaba triste realizaba una comedia.

El conocimiento del hombre es, y será siempre, insuficiente y más allá de él, pero rodeándolo siempre, se extiende la sombra. Esa sombra es el caos, el azar, no una categoría temporal sino una categoría absoluta que no se rige por compromisos. Por

mucho que avance el conocimiento del hombre, por encima de todo prevalecerá, dominándolo todo, la tiniebla. Ocurre como en aquella imagen de Faulkner, cuando al describir la trayectoria de una cerilla, viene a decir que la luz de esta no alumbra las tinieblas sino que solamente muestra su horror. El mundo en que vivimos está poseído por esa oscuridad y la literatura, la filosofía o la ciencia no son más que el disimulado acomodo del hombre, con su máscara de progreso, al imperio del azar. Aun así, pervive por encima de todo la necesidad de iluminar ese tenebroso desván y aportar, ya no certezas, sino nuevas preguntas.

La lectura es una experiencia que nos invita a reconocernos en el otro, y este nos descubre aspectos desconocidos de nosotros mismos. En este sentido, la lectura, como el amor, puede ser una forma estupenda de autoconocimiento. Sin embargo, si dejamos que otros piensen por nosotros y que ciertos intérpretes canónicos de lo literario y de la misma lectura nos impongan sus inclemencias dogmáticas, alimentadas a base de tópicos que se repiten desde siglos, y a pesar de la tan cacareada presentación de la lectura “como un espacio privilegiado para la libertad”, ese esfuerzo por iluminarse a uno mismo habrá fracasado. Debemos desconfiar de toda esa ortodoxia doctrinal, pues, como escribió Virginia Woolf “dejar que nos digan cómo debemos leer, qué debemos leer, qué valores debemos dar a lo que leemos, es destruir el espíritu de la libertad”. En todas las demás esferas de la vida nos pueden atar mediante leyes y convenciones, pero en esta no.